

DISTINTAS PERSPECTIVAS EN TORNO AL “98”

Pocos hechos de la historia española han calado tan profundamente en la conciencia popular como la pérdida de las últimas colonias españolas en Ultramar. A pesar de que la segregación de las Antillas y Filipinas tuvo para España mucho menos trascendencia política y económica que la anterior de las colonias continentales, mientras esta última pasó prácticamente desapercibida para la mayor parte de la población peninsular, la de aquéllas se vivió en la metrópoli prácticamente día a día, con un interés —distinto según los diferentes grupos sociales— muy superior al despertado por otros procesos históricos, al menos en apariencia, más relevantes.

Si hoy hiciéramos una encuesta por la calles españolas sobre la fecha en que España perdió su imperio colonial, creo que la mayor parte de los encuestados responderían que en 1898. Pocos sabrían algo de la batalla de Ayacucho pero, probablemente, una gran parte de ellos habría oído hablar de la Guerra de Cuba. Y es que esta guerra caló tan profundamente en la conciencia popular que, al margen de las consideraciones de intelectuales y políticos, hasta nosotros ha llegado un número importante de canciones populares de la época que hacen referencia al tema, y encontramos también alusiones a ese conflicto en el refranero.

Son varias las causas que determinan este hecho; pero, entre ellas, hay dos que cabe destacar si queremos llegar a entender las repercusiones que la independencia antillana tuvo en amplios sectores de la sociedad española. Por una parte, el hecho de que “el 98” no sólo trajo consigo la pérdida de unas colonias, sino que representó el fin de España como potencia en el concierto internacional; significando, al mismo tiempo, su derrota frente a un enemigo, los Estados Unidos, al que la mayor parte de la prensa había llevado a despreciar, y produciendo un sentimiento de “humillación” e “impotencia” en determinados sectores sociales que, según algunos autores, marcó a toda una generación de intelectuales y políticos.

Por otra, y esa es, a mi juicio, la causa fundamental de la persistencia del fenómeno en la memoria colectiva, el sistema de reclutamiento forzoso y constante que se empleó en la lucha contra la segregación de las colonias insulares hizo llegar la guerra a todos los rincones del país, afectando, a

PRESENTACIÓN

diferencia de lo que había ocurrido en las guerras de independencia continentales, a un sector muy amplio de la población peninsular. Eran pocas las familias españolas, especialmente de los sectores sociales menos favorecidos, que no tenían un pariente en el ejército de Ultramar; las clases populares no tenían medios económicos para eludir el servicio y el pueblo vivió la guerra en sus propias carnes como no lo había hecho desde 1808, desde los tiempos de la presencia francesa en España.

Quizás por todo ello, a menudo nos olvidamos de que, además de ser una parte de la historia española, considerada generalmente como el desencadenante de una crisis más amplia que afectaba a la propia esencia del estado canovista, la guerra de Cuba fue, fundamentalmente, un proceso cubano. Y fue así, al margen de la trascendencia que en él tuvieron las distintas intervenciones internacionales. Con frecuencia tratamos el proceso como un conflicto hispano-norteamericano por Cuba, conflicto que, si bien fue esencial en la forma en que se desarrolló, no pudo nunca llegar a alterar una realidad: que aunque las relaciones entre metrópoli y colonia habían sido, tradicionalmente, buenas —hasta el punto de que los independentistas cubanos no sólo estaban dispuestos a respetar las propiedades de los peninsulares que quedaran allí tras la emancipación, sino que deseaban contar con ellos para levantar el nuevo país—, un sector cada vez más amplio de la sociedad cubana estaba dispuesto a luchar hasta el fin por su independencia. En este sentido no deja de ser significativo que a pesar de que la intervención estadounidense fue, en definitiva, lo que aceleró el proceso, no es precisamente ese aspecto de la guerra el que reflejan las numerosas canciones populares de aquella época que se mantienen vivas en el folclore español.

Es posible que sin la intervención de los Estados Unidos la segregación se hubiera demorado; la situación política y económica de la isla, así como la falta de medios de los insurrectos, hubieran permitido, probablemente, una prolongación del dominio español. Pero es evidente que, antes o después, esa segregación se hubiera producido sin intervención exterior; el proceso hubiera sido, quizá, diferente y, lógicamente, también lo hubieran sido sus resultados; pero no creo que alguien pueda poner en duda que los cubanos hubieran seguido luchando por su emancipación y que, sin la intervención extranjera, la hubieran logrado en un contexto mucho más favorable a sus lógicas aspiraciones.

Conscientes de esa visión parcial que desde la antigua metrópoli se tiene, a menudo, del proceso y de los prejuicios que la intervención norteamericana ocasiona a muchos de los que intentamos enfrentarnos a la pro-

blemática, cuando nos propusimos la edición de este volumen no hicimos, como se suele en estos casos, un listado de los trabajos que debían aparecer en él y cuyo contenido podría estar determinado por una visión parcial de aquélla. Con el fin de dejar al margen ideas preconcebidas decidimos hacer una invitación abierta a especialistas de la época para que fueran ellos, con sus aportaciones, los que marcaran las problemáticas a tratar. Dada su distinta procedencia geográfica e ideológica, sabíamos que sus preferencias temáticas nos ofrecerían visiones diferentes de una misma realidad, de manera que este monográfico llegara a representar para el lector no sólo un aporte al mayor conocimiento de aquélla, sino una fuente de interrogantes a las que buscar respuestas.

Los resultados están ahí: una variedad de trabajos que nos ayudan a conocer y entender mejor el proceso desde distintas perspectivas. A pesar de no haber podido contar, por diversas razones, con aportaciones propiamente antillanas, Paul Estrade y María Dolores González Ripoll nos ofrecen, no obstante, el punto de vista de autores antillanos, Martí, Hostos, Luperón... —muchos de los cuales siguen hoy “vivos” en la región—, la utopía de “una república moral, justa y democrática” independiente no sólo de España, sino también de los Estados Unidos. Y también, junto con Serge Ricard, nos muestran la frustración que significó para los pensadores antillanos el desenlace del proceso al ver cómo —tal y como afirma en estas páginas este último autor— la revolución, por la que tanto habían luchado, les era confiscada.

El papel de los Estados Unidos en el conflicto y la utilización de la prensa —diaria o no— por parte de todos los implicados en el proceso es abordada en los trabajos de Sánchez Baena (obras impresas norteamericanas), Opatrný (prensa checa) o Sylvia Hilton (prensa española). El debate sobre las similitudes y diferencias existentes entre “opinión pública” y “opinión publicada” así como sobre el papel de la prensa como “creadora” de opinión, del que tanto se habla hoy en nuestro país, no es, desde luego, nuevo. No hay más que recordar, en este sentido, la actuación de los periódicos de William Randolph Hearst o de Joseph Pulitzer. Sus incitaciones a la intervención estadounidense en Cuba y sus tendenciosos artículos fueron decisivos para que la opinión pública norteamericana aprobara tanto esa intervención, como la posterior anexión de las Antillas españolas a los Estados Unidos.

También la prensa española de aquellos años intentó influir en la opinión pública en relación con aquel proceso, aunque los resultados de esos

PRESENTACIÓN

intentos fueran, a nuestro juicio, bastante más dudosos que los logrados por la norteamericana. Pero es que, además, en países que no intervinieron en el proceso —el caso checo presentado por Opatrný— los distintos grupos editoriales utilizan el conflicto para hacer llegar sus doctrinas a la opinión pública.

En una línea paralela, y mostrando el subjetivismo con que todavía hoy se hace frente a esta problemática, Ádám Anderle opone dos visiones actuales sobre aquel proceso que resultan radicalmente distintas: la cubana y la norteamericana, ahora, como entonces, bastante diferentes, y su integración en el discurso político actual.

Por su parte, M.^a Dolores Domingo Acebrón, Luis Navarro y Carmen Borrego nos aportan tres visiones muy distintas de esa realidad, aunque las tres estén dadas desde la perspectiva del “vencido”, de la metrópoli. Pero mientras Domingo Acebrón nos ofrece el punto de vista de un intelectual español preocupado por el tema colonial, Rafael M.^a de Labra, que en ocasiones se aleja de las tesis oficiales españolas de la época, Luis Navarro nos ofrece el de los que creyeron, y todavía hoy siguen creyendo, que de no mediar la intervención norteamericana en el conflicto España hubiera ganado aquella guerra. Una visión distinta, la que se pudo tener de todo el conflicto en amplias capas de la sociedad, que a través, principalmente, de la prensa vivieron aquel proceso con interés creciente, así como la influencia real sobre un grupo de población concreto —el de El Puerto de Santa María— es la que nos ofrece en su trabajo Carmen Borrego.

Mientras, Allan Kuethe se desmarca de esas visiones más o menos condicionadas para tratar de explicar “desde fuera” el porqué del retraso de la independencia cubana en relación con el continente, las causas objetivas de lo que él llama la “fidelidad” cubana a España durante gran parte del siglo XIX. Enlazando con esas causas “objetivas” y sus “cambios”, los trabajos de Eduardo Moyano-Serena Fernández, Joan Casanovas, Armando García-Consuelo Naranjo y M.^a del Valle Álvarez Maestre, nos ofrecen diversos aspectos de la situación social, política y económica de los territorios ultramarinos, que puede ayudarnos a una mejor comprensión de los orígenes y el desarrollo de todo el proceso.

En definitiva, en estas páginas tienen reflejo una gran variedad de puntos de vista, lo que, por sí mismo, sería suficiente para poner en evidencia que este volumen “conmemorativo” del 98 no pretende ser una reivindicación de la presencia española en los territorios ultramarinos; ni siquiera del agravio que el papel jugado por los Estados Unidos en el con-

PRESENTACIÓN

flicto pudo significar para España o para antillanos y filipinos, cuyas aspiraciones fueron despreciadas por aquéllos. Es sólo un homenaje —el único que como investigadores del pasado podemos hacer— a un pueblo en otro tiempo tan unido al nuestro; a un pueblo que tanto luchó —y aún hoy tiene que hacerlo— por su independencia y su libertad; pero quiere serlo también a otro, el español, que tuvo que ver cómo sus hijos morían en “ultramar” defendiendo intereses que les eran ajenos, en una guerra que —a pesar de las consignas de sus dirigentes, reflejadas repetidamente en la prensa— nunca entendió ni quiso.

ROSARIO SEVILLA SOLER
EEHA-CSIC